

Imperio Bizantino

Historia de Bizancio enfocada principalmente en el período de los Comnenos

Constantinopla en 1453 y 558 años después de 1453.

Autor: Guilhem W. Martín. ©

<http://imperio bizantino.wordpress.com/>

Extracto: *Presentado en tres parte (I, II y anexo), “Constantinopla en 1453 y 558 años después de 1453” es un trabajo que pretende reflejar los últimos instantes de la capital imperial antes de y durante la arremetida de los otomanos, la heroica resistencia de los siete mil defensores, y el destino de los principales edificios de la ciudad, iglesias, templos y monumentos, luego de la conquista turca.*

Parte I: 29 de mayo.

En lo que antiguamente se conocía como “*La Ciudad*” y que las compañías de turismo denominan hoy “*la ciudad histórica*”, se yerguen numerosos barrios, algunos de los cuales siguen identificándose con denominaciones procedentes de la etapa bizantina: Langa (en alusión al muy bizantino barrio de Vlanga), Samatya (Psammathia), Kariye I Atik (Chora), Küçük Ayasofia (Pequeña Santa Sofía), Fener (Petrión) y poca cosa más. Los restantes distritos se corresponden con términos turcos, lo cual, en cierta medida, es lógico dada la tozuda tendencia que usualmente evidencian los vencedores al momento de “reescribir” la Historia.

Desde aquél fatídico 29 de mayo de 1453 en que las campanas de las iglesias griegas sonaron a muerto, han pasado exactamente 558 años. Y los efectos del transcurso de tantas centurias han dejado una huella indeleble en el paisaje y pueden verificarse hoy en cada piedra. La ciudad, con el correr del tiempo, sufrió profundas transformaciones desde el punto de vista edilicio y demográfico. Llegaron nuevos inmigrantes (armenios, turcos, albaneses, gitanos, etc.) que reemplazaron a los antiguos pobladores (griegos); las comunidades cristianas debieron acomodarse en nuevas parcelas para sobrevivir mejor a las embestidas de los nuevos tiempos; las iglesias mudaron sus cruces a medialunas y sus mosaicos fueron revocados, pues el Islam no permite la representación de figuras humanas. Muy pocos templos siguieron consagrados a la fe cristiana tras la voracidad engendrada por la intolerancia religiosa que sobrevino en la ciudad luego de casi un mes de cruentos enfrentamientos. Mehmet II y el patriarca Genadio, poco después de la conquista de Constantinopla, laboraron juntos para aglutinar a los griegos como una especie de nación dentro del nuevo Imperio. Fue la primera compresión que vencedores y vencidos aplicaron de común acuerdo para restablecer la vida entre las ruinas humeantes de la otrora orgullosa polis.

El deterioro que hoy evidencian los edificios de la época imperial bizantina, sin embargo, no reconoce como único factor los estragos que se cometieron en la ciudad luego de la ocupación turca. Muy por el contrario, hunde sus raíces mucho más allá en el tiempo... Cuando hoy pensamos en la grandeza de Bizancio, inconcientemente llevamos nuestra mente a la Constantinopla de Justiniano I (527-565), de Basilio II (976-1025) y aún a la de los emperadores Comnenos (1081-1185); esto es, a aquella megalópolis de casi 500.000 almas que ensombrecía casi hasta convertir en oscuros villorrios a ciudades como Roma, Londres o París. He allí la causa de nuestra confusión: Constantinopla empezó a morir lentamente a partir de la matanza de latinos que tuvo lugar en sus calles, en 1182, y con la Cuarta Cruzada su suerte quedó echada. Ya nunca volvería a ser la misma urbe orgullosa y espléndida, al menos como capital cristiana. Los propios habitantes de la ciudad, contrariados muchas veces por la mala fortuna, solían emprenderla contra los magnos monumentos de pretéritas y gloriosas épocas, sobre todo contra aquéllos de oscuro pasado pagano. Tras la reconquista (1261), el largo interregno Paleólogo no mejoraría el estado de cosas en la capital imperial, pese al impresionante renacimiento artístico que tendría lugar bajo dicha dinastía (1261-1453). Muchos edificios como el Palacio Sagrado (Gran Palacio), el Hipódromo o Bucoleón serían abandonados definitivamente a su suerte, de modo que Mehmet solo encontraría ruinas en su lugar.



Restos del hipódromo (cabecera de la “esfendone”). En la actualidad es muy poco lo que se puede apreciar del otrora monumental hipódromo. A excepción de algunos elementos de la “espina”, lo que resta son ruinas que apenas destacan entre las construcciones de épocas recientes.

Pero vayamos más despacio. Llevemos pacientemente nuestra mente conduciendo nuestra imaginación hasta aquél lejano alborar del 29 de mayo de 1453. Constantinopla hace horas ha visto superadas sus fortificaciones y ahora los turcos conquistadores están expoliándolo todo dentro. Extramuros, el sultán aún duda en ingresar. De algo, sin embargo, está seguro: que empleará la puerta de Carisios (Adrianópolis) para internarse en la ciudad. Pero todavía no. Esperará. Y es que han llegado rumores a sus oídos según los cuales adentro existen algunos sectores que siguen en poder de los cristianos. Uno, dos, y hasta tres desorbitados mensajeros le ruegan inclusive que envíe refuerzos a las torres próximas a la entrada del Cuerno de Oro, donde el regimiento de cretenses que las protege no para de degollar a los atacantes que osan trepar hacia sus almenas.

Pero la resistencia poco a poco se va acallando. Quienes están apostados en el Mesoteichón y en lugares tan distantes como la Puerta Áurea y Xilokerkos o Segunda Militar, comprendiendo que la resistencia no tiene ya sentido dada la cantidad de tropas otomanas que han ingresado, se apresuran a correr a los malecones y muelles. Algunos harán un alto en sus hogares para recoger a sus familias y a sus petates más indispensables. El fin último es buscar en algún barco la salvación, mas muchos serán muertos en el intento. Ni qué decir de los griegos e italianos que protegen el sector de Blaquernas. Allí todo es caos y confusión y muy pocos han conseguido escapar. La muerte se enseñoorea ahora justo donde hasta hace unas pocas horas habían reinado la esperanza, y la fe más pétreas.



Escenas de la batalla en el sector del mesoteichon. Los otomanos arremeten contra las defensas mientras el fuego griego lanzado desde el interior deja su estela en la densa atmósfera de la batalla. Museo Panorama, Estambul, Turquía.

La dama de Pempton, entretanto, no se resigna a abandonar su puesto pese a que los turcos entran a raudales. Vestida de verde y blanco, con sus larguísimos cabellos meciéndose al viento, contempla con desazón el espectáculo de su propio final. Casi en los mismos comienzos del asedio había resuelto auto convocarse para colaborar con los defensores, haciendo caso omiso a su noble ascendiente (de los Goudelis). Muy pronto, los rusos comisionados para la defensa de esas piedras la reconocieron como líder indiscutible. A poco se haría famosa por liderarles, garfio en mano y en las horas de la penumbra más abyecta, en acometidas ocasionales contra los sitiadores, a través de las numerosas poternas del *microteichon*. La batalla final la sorprende en lo alto de la torre que utiliza como base. Morirá observando con amargura la ciudad tomada, traspasada

por numerosos saetazos y venablos, pese a los intentos desesperados de sus acólitos por apartarla de la línea de fuego de los arcos y ballestas enemigos. Irina, como le llaman los descendientes de los rus, terminará siendo un número más entre las cuantiosas bajas que se cobrará la gran batalla.

¿Constantino? ¿El último emperador romano? Hace horas que nadie sabe de él. A medida que la mañana avanza descubriendo cada resquicio ensangrentado de esa urbe herida de muerte, la duda sobre su paradero se acrecienta al punto de irritar al sultán. Muy pocos saben, sin embargo, que el basileo, espada en mano y flanqueado por Juan Dálmata y Francisco de Toledo, se ha lanzado a lo más nutrido de la lucha a buscar una muerte digna del último emperador de los romanos. Como es de suponer, su tumba quedará sin marcar. Las conjeturas al respecto de la suerte corrida por Constantino pronto se ponen a la orden del día y son en gran medida contradictorias: algunos aseveran que el cuerpo descabezado del basileo, presentado ante el sultán, fue enterrado con la venia de éste en el barrio de Vefa; otros aseguran que la cabeza del potentado cristiano ha sido despachada como parte de una circense y morbosa gira, hacia todas las cortes islámicas. Sin embargo, lo más probable es que los restos mortales del emperador hayan ido a parar a una fosa común en el sector del Brachiolon, donde se ha procedido a sepultar muchos cuerpos sin distinción de credos y a toda prisa, por temor a un brote de peste.

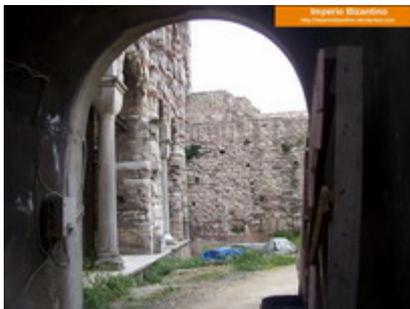
Sin ninguna duda, en el momento supremo en que la vida exige el máximo sacrificio, la muerte sorprende a muchos de los más nobles defensores con una mueca de resignación y pena infinita en sus rostros. Con todo, y pese a que irán a dar sin pena ni gloria derecho sobre montículos de cuerpos retorcidos y entrelazados, ellos, en pos de la eternidad, quedarán mejor librados que aquéllos que optan por huir o rendirse. Y es que la ciclotimia y las desviaciones sexuales del sultán no dan garantías de nada para los sobrevivientes. Entre los griegos más prominentes que se arremolinan como patéticos trofeos entre sus desorbitados captores o se apretujan lastimosamente en las jaulas habilitadas para tal efecto, figuran el Megadux Lucas Notaras y el secretario Frantzés. Entre el 24 de mayo y el 20 de junio, tanto uno como otro sufrirán vejaciones indecibles; Notaras acabará sus días degollado junto a su hijo menor, por negarse a entregar a éste al harén del sultán¹, mientras que Frantzés padecerá la pérdida de su esposa y de su hija durante su cautiverio de año y medio, además del asesinato de uno de sus hijos por orden de Mehmet (por motivos similares a los que se cobraron la vida del heredero de Notaras).

Entre los extranjeros, la suerte es también dispar, ya que no reparte su sonrisa equitativamente. Unos cuantos consiguen escapar por los pelos, aprovechando la confusión reinante en el puerto. Abordando precipitadamente algunos navíos abandonados por los centinelas turcos, se hacen a la mar sin siquiera detenerse a mirar lo que dejan atrás: una ciudad convulsionada en sí misma que no tendrá paz ni siquiera para llorar a sus muertos. El gran capitán genovés Giovanni Giustiniani Longo (herido de muerte), Antonio y Troilo Bocchiardi, el florentino Tetaldi, el comandante Alviso Diedo y el cronista Barbaro son de esta partida. De los que quedan en tierra, algunos

¹ Esta es la versión que esboza Sir Steven Runciman en "La Caída de Constantinopla", pág. 168, Colección Austral, Espasa-Calpe S.A, Madrid, 1973, ISBN 84-239-1525-5. De acuerdo con otras fuentes, el gran Duque Lucas Notarás pereció junto con su hijo mayor y su yerno, mientras que su hijo menor fue recluido en el harén de Mehmet hasta 1460, en que consiguió librarse del encierro y huir hacia Venecia, Italia (La Caída del Imperio Bizantino, de Jorge Frantzés, traducido por Marios Philippides).

sucumbirán ante la superioridad numérica del enemigo (Paolo Bocchiardi y los ya nombrados Francisco de Toledo y Juan Dálmata) y el resto peleará hasta el límite de sus fuerzas cuando, rendidos por la fatiga, aceptarán deponer sus armas. De esta manera muchos eminentes soldados son capturados y sometidos a escarnio: los venecianos Gabriel Trevisano, Minotto, y Filippo y Catarino Contarini, el cónsul catalán Pérez Juliá, el arzobispo Leonardo, el cardenal Isidoro y el turco Orján Efendi. La mayoría morirá a los pocos días por decapitación, a instancias de un irreductible Mehmet.

A la vez que la los ecos moribundos del Imperio Bizantino se van extinguiendo con cada paso que el infiel da dentro de la capital imperial, el destino de tantos edificios ilustres queda sellado de manera irreparable ante el pillaje y los saqueos que se suceden calle tras calle. El palacio de Blaquernas es uno de los primeros en sucumbir a la rapiña, dada su proximidad con el perímetro amurallado que defiende el barrio del mismo nombre. En tiempos de Manuel I Comneno (1143-1180) el solar había sido empleado para amansar con su magnificencia a algunos de los enemigos más acérrimos del Imperio, como el sultán selyúcida Kilij Arslan II. (1156-1192). Ahora, durante esa fatídica mañana del 29 de mayo de 1453, algunos regimientos turcos se internan entre sus jardines y corredores y, reduciendo a los últimos defensores, se consagran a la tarea de expoliar todo lo que allí encuentran. Lo que no pueden robar lo destruyen; magníficos ejemplares de libros antiguos son quemados junto con innumerables iconos, y todo aquello de un valor artísticamente inestimable, que por estar adherido a las paredes de los edificios no se puede arrancar en una sola pieza, es desmenuzado y reducido a fragmentos inservibles: se trata ni más ni menos que de la pérdida irreparable y definitiva de exquisitos mosaicos atesorados a lo largo de los últimos cinco siglos.



Sector de Blaquernas. Patio interior del palacio del soberano (Tefkur Saray). En las adyacencias algunos autores sitúan el emplazamiento de la tristemente célebre Kerkaporta.

Desde el palacio de Blaquernas la horda de desarrapados, enfervorizada cual hormiguero pisoteado, se dispersa entre las callejuelas adyacentes en busca de los siguientes tesoros. Irán a recalar irremisiblemente en las iglesias aledañas que, aunque pequeñas, son verdaderas joyas arquitectónicas: Santa María de las Blaquernas, San Salvador en Cora, San Jorge, Santa María Pammacaristos, San Juan en Petra, Santa María de los Mongoles y San Juan en Trullo no logran evadirse de la senda de pillaje y destrucción. En un abrir y cerrar de ojos todos los edificios son despojados de sus invalorable ornamentos, cálices sagrados, refinados candelabros y reservas de láminas preciosas. En el interior de San Salvador en Cora, el extraordinario efecto creado por el destello de millares de fragmentos que componen los mosaicos de sus paredes, sumado a la impresión generada por las pinturas que dan vida al paracleision, como la Anastasis, dejan a muchos saqueadores boquiabiertos y ojipláticos. El efecto sobre ellos es tal, que las magníficas obras se salvan por su propio valor, no así el icono de la Hodegetría o Madre de Dios, cuya autoría se syndica al propio San Lucas. A machetazos, la inestimable pieza de arte es seccionada en cuatro partes.

Calle arriba, Santa María de los Mongoles, aquella iglesia mandada a erigir por la princesa María Paleologina (hija de Miguel VIII), literalmente emerge en medio de una corriente incesante de sangre. Los turcos que han llegado abriéndose paso desde el Cuerno de Oro, están causando una matanza en sus adyacencias y muy pronto, los cuerpos inertes de hombres, mujeres y niños comienzan a amontonarse contra las paredes del edificio, alimentando el rojo fluido que desciende colina abajo. A partir de ese momento, al templo se le reconocerá como Santa María Sangrienta.



Iglesia de Santa María de los Mongoles, también llamada Iglesia Sangrienta. Vista lateral y pendiente. Durante la conquista de Constantinopla por los turcos, se dice que por estas calles la sangre de los vencidos fluía hacia abajo dando "barquinazos". En la actualidad es un templo cristiano con horarios especificados de visita.

Cerca de la Iglesia de Santa Teodosia, entretanto, una caravana de mujeres griegas en procesión es sorprendida por la extasiada turba. Tomándose el tiempo necesario para reducir las a la esclavitud, los desafortunados saqueadores, en compañía de otros regimientos que se aproximan desde Blaquernas, ponen ahora como objetivo el complejo del Pantocrátor, aquél magnífico edificio construido en los días del emperador Juan II Comneno (1118-1143) y que en sus mejores tiempos llegase a contar con hospital y geriátrico. En su predio yacen las tumbas de Alejo I, Juan II y Manuel I amén de las de algunas importantes personalidades relacionadas con dicha dinastía (Irene Piriska la húngara, esposa de Juan II, y Berta de Sulzbach, consorte de Manuel I), todas ultrajadas por los cruzados en 1204, por lo que los turcos pronto se desencantan de la búsqueda que lanzan en ellas. Pero hay otras tumbas más en la capilla miguelina que dan nuevo impulso a los incansables vándalos: Yolanda-Irene de Montserrat, Manuel II Paleólogo, María de Trebizonda y Juan VIII Paleólogo ya no volverán a descansar en paz cuando sus féretros sean manipulados y removidos en busca de joyas y anillos. Los cuerpos se perderán para siempre, al igual que los lechos mortuorios.

Acceso al complejo de San Salvador Pantocrátor (Zeyrek Kilise). En la actualidad el edificio se encuentra bajo proceso de restauración con fondos de la UNESCO.



Unas tras otras, las restantes iglesias de la ciudad son reducidas igualmente al latrocinio y pilladas de sus objetos de valor. Las imágenes de depredación se vuelven a repetir sin solución de continuidad en Cristo Pantepoptes, Santos Apóstoles, Constantino Lips, Mirelaion, Nea Basílica y Santa María Kiriotisa, hasta que la impresionante mole de Santa Sofía, detiene la alocada carrera de la turba. Ha llegado el

turno a la gran catedral de Justiniano de padecer las desgracias que traen aparejadas las derrotas y caídas de los Imperios. Dentro yacen congregados muchos fieles, aguardando a que un súbito milagro les despierte de esa horrenda pesadilla que ya lleva más de un mes drenándoles las esperanzas; los oficios de la Sagrada Liturgia acaban de terminar y, a la vista de lo que está sucediendo afuera, muchos se precipitan hacia las puertas a fin de trabarlas. Pero no hay caso. Ni ellos son muchos para contener el ímpetu descarriado de los vencedores ni el milagro se materializa en el último instante. A la vista de esa enorme despensa de potenciales esclavos, los turcos se pelean entre sí, tironeando de las extremidades de los indefensos feligreses que gritan desconsolados a medida que las familias se van separando. Algunos no volverán a verse jamás. Entretanto, los sacerdotes que habían estado oficiando se apresuran a rescatar los cálices sagrados y escapar hacia la cara sur del santuario, generando sin quererlo una de las historias más populares referidas al dramático suceso².



Restos del puerto de Bucoleon, frente al Mar de Mármara. En el lugar se enseñorean las ruinas de antiguas y grandiosas construcciones. Muchos mendigos buscan refugio a la sombra de las murallas.

Tal como se había previsto, caída la tarde y estando la ciudad asegurada, Mehmet emprende por fin su ingreso triunfal a través de la puerta de Carisios. Flanqueado por sus mejores jenizaros, cabalga por las calles humeantes hasta Santa Sofía. Allí sorprende a unos de sus secuaces tratando de desprender un trozo de mármol, lo cual le provoca indignación y desasosiego: -he permitido saquear los edificios, no destruirlos- le dice visiblemente molesto. Tras lo cual proclama frente a todos los presentes que la gran iglesia debe ser convertida inmediatamente en mezquita. No termina de descubrir sus deseos cuando uno de sus ulemas³, desde lo alto del púlpito, declara que no hay más Dios que Alá. El Imperio Romano de Oriente acaba de exhalar su último hálito de vida y muere. A partir de ese momento solo vivirá en la memoria de los incrédulos reacios a aceptar el hecho consumado, y en la imaginación de los soñadores, gran parte de los cuales marcharán encadenados rumbo a Adrianópolis⁴ para cumplir con el destino de los vencidos.

Representación de Mehmet II el Conquistador, ingresando en Constantinopla por la puerta de Carisios (Edirnekapi). Desde allí y flanqueado por los mejores elementos de su guardia de jenizaros, recorrerá las humeantes calles de la capital hasta la iglesia de Santa Sofía.



² Según dicha historia, los sacerdotes corrieron a refugiarse tras una puerta que los turcos intentaron derribar pero sin éxito. Pues es voluntad de Dios que dicha puerta vuelva a abrirse cuando la ciudad sea nuevamente cristiana, momento en que el sacerdote reaparecerá para finalizar la misa inacabada.

³ Ulema: teólogo del Islam, estudioso de la ley y experto en el campo de las instituciones religiosas de dicha Fe.

⁴ La ciudad de Adrianópolis, actual Edirne, había ganado la capitalidad del estado de Mehmet en perjuicio de Bursa.

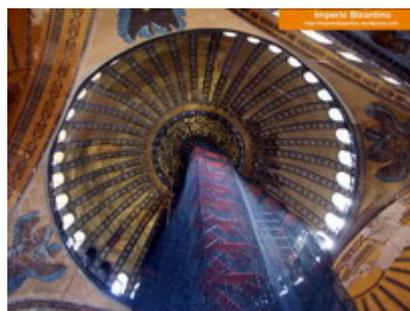
Parte II: Constantinopla después de 1453. El destino de algunas iglesias tras la conquista de la ciudad.

a- Santa Sofía (Ayasofya Camii):



Vista de Santa Sofía, la iglesia de Justiniano I el Grande, desde los jardines de la Mezquita Azul. Colosales minaretes que en algunos casos sirven de contrafuertes, flanquean a la antigua iglesia, hoy devenida en museo.

La enorme y casi milenaria iglesia, erigida bajo el acicate del emperador Justiniano I en el año 532, fue inmediatamente convertida en mezquita por orden de Mehmet II el Conquistador. En sintonía con las drásticas transformaciones, la estructura del edificio se modificó de manera sensible: el iconostasio fue removido y quitado, con lo que los dos cuerpos preexistentes, esto es, nave y bema, se convirtieron en un amplio y espacioso recinto. Se utilizó agua de rosas para purificar el lugar, destruyéndose a mazazos los símbolos cristianos, a la vez que se aplicaba revoque para cubrir las representaciones humanas y de animales, allí donde antes había habido magníficos mosaicos ocupando una superficie de casi una hectárea y media. A poco, los artistas islámicos pintaban figuras geométricas sobre los gruesos revoques de modo que en poco tiempo Santa Sofía se convirtió en una de las mezquitas más grandes y bellas del Islam. El proceso de transformación se completó tiempo después, cuando a la descomunal mole se le adosaron los minaretes en el exterior, mientras que en el interior, el púlpito cristiano fue reemplazado por un exquisito *mimbar*. Asimismo los otomanos dotaron a las instalaciones del imprescindible *mirhab* (para indicar la dirección de La Meca), del mahfili y de varios discos de madera o medallones que, colgados al nivel del techo de la planta baja (piso de la planta alta), todavía se pueden ver en la actualidad.



Interior de Santa Sofía. Discos de madera del período otomano (a la izquierda) y trabajos de restauración en la gran cúpula (derecha).

El paso del tiempo fue, sin embargo, dejando su huella en los muros de la vieja iglesia devenida en mezquita. Hacia 1570 el arquitecto Sinan, por expreso pedido del sultán Selim II, se aplicó a la ardua tarea de impedir que las paredes se deslizaran hacia afuera por el enorme peso de la cúpula, cosa que se consiguió gracias al emplazamiento de dos contrafuertes en la pared norte y de dos minaretes que, al estilo de éstos, se incluyeron en la pared del lado oeste. En los años siguientes se incorporarían las turbes de Selim II y Mehmet III, además de una pequeña biblioteca y de una escuela primaria, montadas ambas por el sultán Mahmud I hacia 1739.

Gracias a un viajero español de principios del siglo XIX, Domingo Badía⁵, sabemos que el estado general del edificio dejaba mucho que desear para los días del sultán Otomano Selim III (1789-1807): *“La gran mezquita de Aya Sofía, antigua catedral de Santa Sofía, es un edificio magnífico. Su inmensa cúpula rebajada, rodeada de semicúpulas, produce pasmoso efecto [...]. Los cristianos pueden entrar, como en las demás mezquitas, mediante un pase del gobierno, quien lo concede sin dificultad. Las paredes están revestidas de mármol y las columnas bastante bien conservadas, pero el techo comienza a degradarse. La tribuna del sultán nada tiene de hermoso; es una especie de jaula sostenida de cuatro columnitas y rodeada de celosías doradas. Lo que hay de singular en aquel templo es una multitud de palos groseros y cañas, colocados a lo largo de las paredes y alrededor de los pilares; de ellos cuelgan pedazos de tela, tales como cobertores, servilletas y aún andrajos, para formar unas como tribunas separadas, donde los propietarios solo pueden entrar para hacer la oración o para leer. Eso hace del templo una especie de campamento muy ridículo. En el ángulo NO. de la nave principal se ve un soberbio jarrón de mármol, artísticamente trabajado, el cual sirve de fuente, Nótase en una galería superior una puerta de mármol en forma de mampara, muy bien hecha e imitando a la madera”* (“Ali Bey”, pág. 480, Domingo Badía y Lebllich, Editorial Olimpo, Barcelona, España, 1943).

El deterioro de Santa Sofía determinó que, bajo el mandato del sultán Abdul Mejid (1839-1861), los otomanos comisionaran a los hermanos Gaspere y Giuseppe Fossati para emprender la restauración completa de la mezquita. Tales tareas incluyeron la limpieza y ulterior recubrimiento de los mosaicos, parte de los cuales resultaron afectados por un temblor en 1894, perdiéndose para siempre (solo se sabe de su existencia gracias a planos y dibujos confeccionados por los arquitectos occidentales que trabajaron en el lugar entre 1847 y 1850).

Mosaicos en el interior del edificio. La Virgen y el Niño Jesús, a la izquierda. El emperador Juan II Comneno y su esposa Irene Piriska, flanqueando a la Virgen y el Niño, a la derecha.



A partir del siglo XX y sobre todo con la proclamación de la República de Turquía, los trabajos de mantenimiento en Santa Sofía adquirieron mayor ritmo. En 1932 se descubrieron y limpiaron los mosaicos hoy visibles; al año siguiente los turcos tomaron conocimiento de la existencia de La Decís y en 1934, el presidente Ataturk desacralizó el edificio, convirtiéndolo en museo. La última obra de restauración emprendida en el solar de la vieja iglesia comenzó en 2008 y se extendió hasta diciembre de 2010, teniendo como objetivo la gran cúpula de 31 metros y medio de diámetro y los mosaicos que la recubren.

⁵ Domingo Badía y Lebllich fue un español que, desde 1803 a 1807, haciéndose pasar por un príncipe abbasí, recorrió como un musulmán ejemplar el mundo islámico, desde África del Norte, hasta Turquía, pasando por Egipto, Arabia, Siria y Palestina.

En la actualidad, a fin de ingresar al solar, se debe adquirir el correspondiente boleto en las garitas ubicadas sobre la esquina formada por las calles Ayasofya y Caferiye Sk. Al museo se accede desde el nártex, previo paso por un patio exterior poblado de viejas ruinas de columnas y capiteles romanos y bizantinos (a mano izquierda) y de los restos de la primera y segunda iglesia (360-404 y 415-532, respectivamente), que se conservan en pleno atrio.



Arcadas del exonártex, a la izquierda. Restos de la antigua iglesia de Santa Sofía, cerca del atrio (derecha).

La entrada al exonártex se realiza transponiendo tres monumentales arcadas que ya anuncian la robustez estructural de la edificación que se verá dentro. El exonártex es un amplio recinto enmarcado por un universo de ladrillos decolorados, que le dan un aspecto oscuro y lúgubre, lo cual se ve acentuado por la magra iluminación. El nártex que le sigue, decorado finamente con exquisitos y dorados mosaicos y plagado de mármoles, establece una diferenciación abismal que levanta el espíritu a cualquier visitante sensibilizado negativamente por la imagen previa del exonártex. A continuación la megalopuerta que conduce hacia el sector de las naves deja sin aliento por su elegante e imponente porte. El circuito que sigue es un viaje hacia el más puro y refinado estilo arquitectónico bizantino, un baño de historia para el turista ávido de conocimiento.

Mosaico de la Decis. Cristo, en el centro, la Virgen María, a la izquierda, y San Juan el Bautista, a la derecha, son los protagonistas principales de este eximio mosaico. Museo de Santa Sofía, Estambul, Turquía.



b- San Salvador Pantocrátor (Zeyrek Kilise):

Construido entre los años 1120 y 1143 por el emperador Juan II el Bueno (1118-1143), el complejo fue creciendo gradualmente: a la primera iglesia, dedicada a Jesucristo (San Salvador Todopoderoso o Pantocrátor), y promocionada por la emperatriz Irene Piriska (n.1088-1134), pronto se le añadieron una biblioteca, y salas para la atención de enfermos y pobres (hospital y geriátrico). Luego de la muerte de Irene, Juan continuó enriqueciendo el edificio para honrar la memoria de su difunta esposa: se añadió otra iglesia, Nuestra Señora de la Piedad (Elousa), que fue unida a la primera construcción mediante una capilla de menor porte, dedicada al arcángel San Miguel, que tiempo después serviría de morada final para los restos del propio emperador, de Irene y de su sucesor, Manuel I Comneno (1143-1180), entre otras destacadas figuras. De modo que bajo la égida de los Comneno, San Salvador Pantocrátor llegó a albergar a uno de los hospitales más prestigiosos del medioevo sino

al más importante, el cual yacía en el ala correspondiente a la Iglesia de Elousa. En cierta medida, entre los años 1130 y 1180, el predio ocupado por el susodicho complejo llegó a convertirse en el espejo donde el arte bizantino recurrentemente ponía su mirada para hallar inspiración.



Vista del barrio donde se halla situado el complejo del Pantocrátor (sobre la izquierda). A la derecha, Sepsefa Hatun Camii en primer plano, y detrás, la silueta de San Salvador Pantocrátor.

La debacle del edificio empezaría con el ascenso al trono de la dinastía Ángel (1185-1204) y se agudizaría luego del golpe mortal asestado al Imperio por los soldados de la Cuarta Cruzada (1203-1204). Cuando Constantinopla fue conquistada en abril de 1204, la suerte de San Salvador Pantocrator quedó indefectiblemente sellada: el recinto fue mancillado, las tumbas de los emperadores fueron abiertas y profanadas, y muchos de sus objetos sagrados y litúrgicos fueron expoliados sin más. A poco, la construcción debió padecer los caprichos de los conquistadores occidentales, sirviendo circunstancialmente como sede administrativa, tribunal y tesorería amén de centro clerical de los venecianos, y como residencia palaciega de algunos emperadores latinos.

Tras la reconquista de Constantinopla por los griegos en 1261, San Salvador Pantocrátor fue recuperado por la Iglesia ortodoxa, que se ocupó de devolver al edificio sus funciones originales: monasterio, biblioteca, hospital y geriátrico. Pero el acelerado empobrecimiento del Imperio apenas permitió que funcionara adecuadamente. Entretanto, el solar no dejaría de cumplir su función de morada final para las grandes personalidades de su tiempo: Yolanda-Irene de Montferrato, Manuel II Paleólogo y María de Trebizonda.



El complejo de San Salvador Pantocrátor en pleno proceso de restauración con fondos cedidos especialmente por la UNESCO.



En mayo de 1453 la caída de Bizancio en poder de los otomanos supuso un nuevo expolio para el edificio, que diecinueve años más tarde sería convertido en mezquita. Al respecto del pillaje, Steven Runciman escribe: *“Al caer Constantinopla, Jorge Scholarios⁶ se encontraba en su celda del monasterio de Pantocrátor, Su gran triple iglesia atrajo al punto a las hordas invasoras. Mientras unos saqueaban los edificios, otros arramblaron con los monjes para venderlos como esclavos. Al enviar el sultán a*

⁶ Jorge Scholarios era un teólogo bizantino del siglo XV que, tras la caída de Constantinopla en 1453, llegaría a convertirse en patriarca con la venia del sultán Mehmet. Con el nombre de Genadio II se desempeñaría como tal durante tres años, hasta 1456.

buscar a Jorge para que compareciese ante su presencia, no se le pudo hallar. Casualmente se supo que había sido comprado por un rico turco de Adrianópolis, el cual quedó admirado y desconcertado un tanto por la compra de un esclavo tan venerable y sabio, que lo trataba con la mayor deferencia”⁷. Ya bajo el dominio turco, San Salvador Pantocrátor pasó a llamarse Zeyrek en honor a un erudito musulmán, Molla Zeyrek Efendi, que enseñaba en la Madraza o escuela religiosa emplazada en el lugar por el sultán. El transcurso del tiempo no tuvo piedad con las piedras del edificio y ni su conversión en mezquita le salvó del ignominioso descuido y olvido. Recién a principios del siglo XX el complejo sería redescubierto y en la actualidad se haya siendo restaurado por etapas.

c- San Salvador en Cora (museo de Kariye):

Originalmente situado extramuros de la capital imperial, hasta que el barrio de las Blaquernas fue finalmente dotado de perímetro protector, San Salvador recibió el nombre de Cora (en griego antiguo, “*el campo*”), precisamente debido a su ubicación geográfica. Probablemente una rudimentaria capilla sirvió como embrión del ulterior edificio, hacia comienzos del siglo V. De todas maneras, sus orígenes subyacen en la oscuridad más absoluta y solo se pueden rescatar algunos detalles al respecto: la construcción fue sometida a trabajos de restauración en el siglo VI y nuevamente fue reparada y ampliada a mediados del siglo IX, después del período iconoclasta y bajo el reinado de Miguel III el Boedo (842-867).

Arcadas bizantinas e islámicas (izquierda). A la derecha: Vista de San Salvador en Cora, desde los jardines.



Construido en la sección de la séptima colina, y emplazado muy cerca del palacio imperial de las Blaquernas, San Salvador en Cora solía ser empleado recurrentemente por los emperadores de los siglos XI y XII como capilla palaciega; en su recinto los basileos asistían a oficios religiosos y ceremonias de relevancia. En las postrimerías del siglo XI, María Ducaina, suegra del emperador Alejo I Comneno (1081-1118), accedió devotamente a patrocinar la restauración del complejo y la construcción de una nueva iglesia. A principios del siglo XII, no obstante, el edificio volvió a sufrir serias averías, por lo que debió ser nuevamente reparado; en esta oportunidad los trabajos fueron patrocinados probablemente por el nieto mayor de María, Isaac Comneno, cuyo retrato puede verse en la actualidad en el gran mosaico del nártex interior, al lado de la figura de la Virgen. A consecuencia de una modificación dispuesta en sus planos, es en esta época cuando la estructura adquiere la fisonomía que ha llegado hasta nuestros días, con una nave del tipo ciborio, dotada de una alta cúpula.

La conquista de Constantinopla por los cruzados, en 1204, supuso un período de declive para el edificio, que acabó sumido en el abandono como refugio de mendigos y

⁷ Steven Runciman, “*La caída de Constantinopla*”, pág. 170. Espasa-Calpe S.A. Madrid. 1973. ISBN 84-239-1525-5.

alimañas. Con las arcas hipotecadas a favor de las potencias occidentales y el comercio en manos venecianas, a los emperadores latinos no les quedó más remedio que abandonar a su suerte numerosas instalaciones otrora gloriosas.



*Mosaico en la sección del exonártex: escena del censo impositivo (a la izquierda).
Cúpula sur del nártex: Cristo hace milagros (mosaico de la derecha)*



La restauración de la autoridad griega en 1261 marcó el inicio de la última etapa de auge del arte bizantino, y San Salvador en Cora no fue ajeno a este proceso; muy por el contrario, en el siglo XIV las paredes del edificio fueron adornadas con sublimes mosaicos y excelsas pinturas (1310-1320), gracias al mecenazgo de Teodoro Metoquites. Teodoro era un hombre de estado que tenía su palacete muy cerca del complejo de Cora; su actividad pública, perfilada bajo el reinado de Andrónico III (1282-1328) y desarrollada de manera impecable, contó entre sus éxitos sendas alianzas matrimoniales con el reino armenio de Cilicia y el reino nemánjida de Serbia. Al alcanzar el cenit de su carrera con el rango de canciller y tesorero, Metoquites puso sus ojos en el desvencijado edificio de Cora: mandó a construir la iglesia del monasterio, a anexar una biblioteca, y a embellecer las paredes del interior. A poco San Salvador en Cora relucía como una de las obras maestras más emblemáticas del arte bizantino del periodo Paleólogo. El exonártex, al igual que el nártex fue revestido con pequeñísimas piedras multicolores que, armadas en tanto que rompecabezas, dieron forma a preciosos mosaicos relacionados con pasajes de los Evangelios, la vida y el misterio de Cristo y de la Virgen María, la vida de los Santos, etc. En el exonártex se ubicaron los mosaicos de El Cristo Pantocrátor, la Virgen de las Blaquernas y los ángeles, el sueño de José y el viaje a Belén, la escena del censo para los impuestos, la Natividad, los reyes magos ante el rey Herodes, la encuesta de Herodes, la matanza de los inocentes, San Juan Bautista dando fe de Cristo, los milagros de la boda de Cana y Jesús llevado a Jerusalén para la Pascua judía. Entretanto, el nártex fue decorado con el mosaico del fundador (Teodoro Metoquites con la tabla de dedicación)⁸, y con otros tantos que no le iban en saga en cuanto a belleza y refinamiento: los apóstoles San Pedro y San Pablo, Cristo de Chalke y la Virgen María, la ofrenda de Joaquín rechazada, la anunciación de Ana, el encuentro de Joaquín con Ana, el nacimiento de la Virgen, los primeros siete pasos de María, María acariciada por sus padres, la bendición de María por los sacerdotes, la presentación en el templo, la Virgen nutrida por el ángel, la Virgen recibiendo la madeja de lana, la oración del sacerdote Zacarías, la Virgen confiada a José, José llevando a la Virgen María a su casa, la anunciación de la Virgen, la separación de José y la Virgen, los milagros de Cristo y, también, de la matanza de los inocentes. El salón de la cúpula central (la nave), entretanto, fue embellecido con tres hermosos mosaicos: la dormición

⁸ Sobre la puerta que da acceso a la nave central se encuentra el mosaico donde se le ve a Metoquites ofreciendo la iglesia a Cristo; al hombre de estado se le puede apreciar vistiendo el típico *skiadon*.

de la Virgen, la Virgen Hodegetria y el Cristo, mientras que el Paracleision o capilla funeraria acogió en sus paredes bellos frescos en el interior del ábside y en su cúpula⁹.

Caído en desgracia y exiliado tras la deposición de Andrónico II, Teodoro Metoquites regresaría tiempo después (quizá hacia 1330) para terminar sus días como monje en el monasterio al que tanto sacrificio y entusiasmo había dedicado. Llamado Teolepto luego de adoptar los hábitos, sería enterrado en el Paracleision de Cora, en marzo de 1332.



Mosaico de San Pedro, en el nártex de San Salvador en Cora. Las pequeñas piedrecillas que lo componen reflejan la luz artificial del museo. Al fondo, en el recinto donde se encuentra la cúpula central del edificio, puede apreciarse el mosaico de la Virgen y el niño en brazos.

Durante los días de la batalla final por el dominio de Constantinopla, Constantino XI (1448-1453), el último emperador, eligió a San Salvador en Cora para guardar uno de los iconos más sagrados de la ciudad, aquél mismo que la leyenda atribuía a San Lucas y que mostraba a la Virgen y el Niño. El citado icono alternaba su estadía entre el sacro recinto del monasterio y los caminos de ronda de las murallas, adonde era paseado con beata solemnidad para infundir valor entre los defensores. Cuando los turcos tomaron la capital bizantina el 29 de mayo de 1453, San Salvador en Cora no se salvó de la desolación y el pillaje que siguieron; Francisco Aguado Blázquez en su magnífica obra, *“Guía de Constantinopla”*, nos ofrece un relato pormenorizado al respecto: *“Cuando irrumpieron en el templo todavía arrastraban toda la furia y avidez propios del alba de una costosa victoria. Los sarcófagos fueron abiertos y las osamentas se fundieron con las cenizas de otros estragos previos, coetáneos y futuros. Todo el mobiliario fue destruido. El monasterio sufrió por igual un pillaje inmisericorde. La biblioteca desapareció pasto de las llamas; aunque, al parecer, varias obras se salvaron, tal vez porque algunos soldados con intuición pudieron entrever el rendimiento si después lograban colocar aquella mercancía rancia y frágil. [...] En cuanto al venerado icono de la Virgen Hodegetria, hipotética obra del evangelista, también conocemos cuál fue su destino. Arrancadas y distribuidas las piedras preciosas que lo adornaban, recorrió la ciudad por última vez en una procesión blasfema, para al final ser roto en pedazos y arrojado a los vientos. La ola de conquista arrasó Cora y su contenido”*¹⁰.

Bajo la dominación otomana San Salvador en Cora fue convertida en mezquita y sus mosaicos y frescos acabaron cubiertos por una fina capa de cal a instancias del visir de Bayaceto II, Atik Alí Pasha. En los siglos venideros la desidia y el olvido condenaron al edificio a la ruina y a la indiferencia del barrio musulmán en el cual se hallaba inmerso, pese a que había dejado de ser un templo cristiano hacía ya tiempo. Solo a principios del siglo XIX el gobierno otomano mostró algún interés en restaurar la

⁹ Dado que los frescos se encuentran en una capilla funeraria, sus motivos son el Juicio Final y el castigo en el infierno.

¹⁰ Francisco Aguado Blázquez y Ana María Cadena, *“Guía de Constantinopla. Un viaje a Estambul en busca de Bizancio”*, A.F.A.B., ISBN 978-84-611.9953-2, Pág. 474.

estructura; los trabajos (a cargo del Instituto Bizantino de América) cobraron mayor ímpetu tras la Segunda Guerra Mundial y en la actualidad el museo luce radiante, lo mismo que sus exquisitos mosaicos y frescos.



Sector del Paracleision: frescos que atestiguan el pre-Renacimiento que estaba teniendo lugar en Bizancio hacia el siglo XIV.

d- La iglesia de los Santos Sergio y Baco (Küçük Ayasofya Camii):

La “Pequeña Santa Sofía”, como se la conoce en nuestros días, era en tiempos del Imperio de Oriente la Iglesia de los Santos Sergio y Baco. ¿Por qué este nombre? El templo fue mandado a levantar por Justiniano I el Grande, a principios de su reinado y a poco de fallecer su tío y antecesor, Justino I (518-527) a consecuencia de una úlcera mal curada. En su construcción participó Antemio de Tralles, que más tarde trabajaría en las obras de Santa Sofía. Según se cuenta, Justiniano eligió a dos soldados romanos que sufrieron martirio, Sergio y Baco, como patronos de esta iglesia, debido a que ambos se aparecieron en sueños al emperador Anastasio I (491-518), proclamando la inocencia de aquél, quien previamente había sido acusado de traición. Desde entonces, el edificio permanecería en el corazón de los bizantinos principalmente por ser permanentemente sindicado como el arquetipo y la inspiración de la gran iglesia que poco después se levantaría a muy pocas cuadras de allí. Así, pues, en tanto que precursora de la monumental Santa Sofía, esta pequeña edificación contaba, no obstante, con serios problemas estructurales: desde lo irregular de su planta octogonal, hasta la asimetría ostensible de los accesos a la nave.



Vista exterior de la iglesia de los Santos Sergio y Baco (Küçük Ayasofya Camii), actualmente mezquita. Fotografía tomada desde el sector de la Esfendone. A un costado se sitúa la turbe del jefe de los eunucos negros del sultán Bayaceto II, Hüseyin Ağa.

La conquista otomana de la ciudad no determinó la inmediata conversión del templo en mezquita. Recién bajo el reinado de Bayaceto II, a comienzos del siglo XVI, la cruz fue reemplazada por la media luna, a instancias del jefe de los eunucos negros del sultán, Hüseyin Ağa, que recibió sepultura y fue a descansar eternamente en una tumba emplazada en las adyacencias del ábside de la misma (precisamente en la turbe levantada en el jardín). En épocas posteriores, el edificio requirió de trabajos de restauración, en especial tras los terremotos del año 1763. La construcción de las vías del ferrocarril, que pasan a muy escasa distancia de su perímetro, trajo progreso a la

ciudad pero también supuso la pérdida de numerosos restos bizantinos ubicados en los terrenos lindantes.

En la actualidad aún pueden observarse huellas del pasado bizantino en las paredes del edificio: desde monogramas del emperador Justiniano y formas vegetales que decoran los capiteles de las columnas, hasta el friso que corre bajo la galería, en el que se cantan, en letras griegas, las glorias del emperador, de su esposa Teodora y de San Sergio (no así de San Baco).

Interior del edificio. Hacia la izquierda, columnas de la época justiniana y, a la derecha, vista del mimbar de la etapa otomana.



e- Santa María de los Mongoles (Santa María Sangrienta):

Emplazada a medio camino de una pendiente muy pronunciada, la visita a Santa María de los Mongoles exige cuanto mínimo un estado físico compatible con rodillas privilegiadas para acometer el esfuerzo que supone el necesario ascenso. Ya sea que se acceda a ella por cualquiera de las intrincadas callejuelas empedradas del Fener (Mektebi Sk, Firketeci Sk o Ismail Aga Sk), hasta el más descuidado observador podrá percatarse de la razón por la cual Santa María de los Mongoles se hizo tristemente célebre como la Iglesia Sangrienta. Veamos lo que dice Sir Steven Runciman al respecto, en su nota 218: “*Bárbaro: op. cit., pág. 55; Frantzés: op. cit., páginas 288-289; Critóbulo: op. cit., págs. 71-73. La Iglesia de Santa María de los Mongoles la conocen tradicionalmente los turcos por Kan Kilisse, o iglesia de la Sangre, a causa de la sangre que corrió por la calle que pasa por delante de ella desde lo alto de Petra*”¹¹. Efectivamente, al contemplar la geografía del lugar, uno no puede menos que imaginarse ríos de sangre descendiendo desde lo alto, dando barquinazos en cada esquina, especialmente en las adyacencias de Santa María. Y por cierto, el estupor de los feligreses que, corriendo a refugiarse en el interior del templo, debían sortear cuerpos inertes mientras sus sandalias arrancaban chasquidos en las enrojecidas callejas.



Para acceder a la iglesia de Santa María de los Mongoles, conocida también como la Iglesia Sangrienta, es preciso sortear impresionantes pendientes.

¹¹ Steven Runciman, “La Caída de Constantinopla”. Nota 218. Espasa-Calpe S.A. Madrid. 1973. ISBN 84-239-1525-5. Pág. 241.

Fundada por María Paleologina, hija de Miguel VIII (1259-1282) y viuda del Kan mongol Hulagú-Abaga¹², el edificio padeció las tropelías de los excitados jenizaros ni bien las defensas de la ciudad fueron perforadas en la última batalla. Pero frente a todas las restantes iglesias de la ciudad, Santa María de los Mongoles puede exhibir hasta el día de hoy una inexorable prebenda que certificó su permanencia en manos cristianas de manera ininterrumpida, desde su fundación: tras la conquista de Constantinopla, el sultán accedió a los ruegos de un humilde arquitecto, Critódulo, también conocido como Sinán el Viejo. Cuando Critódulo hubo diseñado una mezquita-mausoleo acorde con el gusto del potentado musulmán, recibió a cambio y como premio, además de su paga, la promesa de que Santa María de los Mongoles continuaría siendo una iglesia cristiana. La redacción del correspondiente "*firmán*" o salvoconducto por parte del sultán vino a refrendar este hecho.

Arquitectónicamente, el edificio está muy lejos de irradiar la belleza de Santa Sofía, San Salvador Pantocrátor o San Salvador en Cora y hasta parece desproporcionado inclusive para el ojo menos avezado: por ejemplo, posee una cúpula cuyo diámetro es muy reducido en relación a los pilares que la soportan. Pero entretanto, entre sus paredes aún puede respirarse la atmósfera de recogimiento imperante en el edificio, en tiempos de la Bizancio de los Paleólogos y, por supuesto, escucharse el excelso Kyrie Eleison (Señor, ten piedad).

f- El monasterio de San Salvador Pantepoptes (Eski Imaret Camii):

Ana Dalasseno patrocinó hacia el último cuarto del siglo XI la construcción de un convento para monjas, el monasterio de Cristo Pantepoptes. No se trataba de una mujer ordinaria sino más bien de una que aportaría biológicamente hablando, uno de los mejores emperadores bizantinos. La brillante carrera política y militar de sus hijos había hecho que el populacho la reconociese como la madre de los sebastos. En efecto, Ana y su esposo, Juan Comneno, habían engendrado a dos de las figuras más emblemáticas de la difícil época post-Mantzikert: Isaac y Alejo (emperador entre 1081 y 1118).

La cuarta colina de la ciudad fue el sitio escogido para levantar el edificio, cuya construcción finalmente se inició hacia el año 1088. Durante el siglo siguiente, el monasterio asistiría a algunos hechos que marcarían con su impronta los anales del Imperio: desde la edificación de San Salvador Pantocrátor no muy lejos de allí, hasta la implantación de los cuarteles militares del emperador Alejo Murzuflo en tiempos de la Cuarta Cruzada (1203-1204).

Precisamente fue en abril de 1204 cuando el monasterio, hallándose en medio de los combates entre cruzados y bizantinos, debió afrontar la primera prueba de fuego de su dilatada historia. Y es que, para seguir de cerca los movimientos de los cruzados en el Cuerno de Oro, Alejo Murzuflo había situado su campamento en lo alto de la cuarta colina, no muy lejos de Pantepoptes. Desde ese punto, el basileo podía supervisar a placer las idas y venidas de sus tropas, despachando refuerzos a los puntos más débiles

¹² Hulagú-Abaga fue hijo del gran kan mongol Hulagú, a quien sucedió en el año 1265, fecha en que también contrajo nupcias con la hija ilegítima de Miguel VIII Paleólogo, María Paleologina. Habiendo desplegado una política interior abiertamente hostil hacia sus súbditos musulmanes (Abaga era budista), el kan fue asesinado en 1282 y reemplazado por un hermano, Tekuder. La muerte de su esposo obligó a María Paleologina a retornar rápidamente a Constantinopla, junto a su padre, para así salvar su vida o cuanto menos evitar convertirse en trofeo de los complotados. A poco, la princesa bizantina fundaría el convento de mujeres que se conocería como Panagia Mugliotissa, esto es, Santa María de los Mongoles (hacia 1285), parroquia que los ortodoxos han conservado hasta nuestros días sin solución de continuidad.

o retirando tropas de los sitios que no merecían su atención. El 12 de abril de 1204 la lucha alcanzó su momento culminante en el sector de las murallas correspondientes a los barrios de Fener, Petrion y Platea, cuando las tropas venecianas consiguieron hacer pie en lo alto de dos torres. Observando cómo la defensa estaba a punto de colapsar, Murzuflo se lanzó al galope colina abajo, en dirección a las avanzadillas del enemigo. Pero la falta de arrojo de sus seguidores hizo que detuviera su carrera y regresase junto con sus flojos soldados a la cima de Pantepoptes. A poco, el desbande generalizado de los griegos dejaba la tienda imperial en manos occidentales; Pantepoptes sería ineludiblemente saqueado como consecuencia de semejante muestra de cobardía. Al respecto, el historiador bizantino Nicetas Choniates, señala: *“Así, fundidos en una única alma ansiosa, los miles de cobardes que contaban con la ventaja de estar sobre lo alto de una colina pronunciada, fueron perseguidos por un solo hombre¹³ desde las fortificaciones que, se suponía, ellos debían defender”*. Con la caída de Constantinopla en poder de los cruzados, Pantepoptes fue asignado a los monjes benedictinos de San Jorge Maggiore y su iglesia consagrada al rito latino, estatus que mantuvo hasta la recuperación de la ciudad por los griegos, casi sesenta años después¹⁴.



Vista de San Salvador Pantepoptes desde el sector del Pantocrátor (izquierda). A la derecha un detalle ornamental en la estructura del edificio.

Con la captura de Constantinopla por los turcos otomanos en 1453, el monasterio fue rápidamente convertido en mezquita, si bien durante algún tiempo se lo empleó como cocina ocasional (de allí su nombre en turco: Imaret) para los albañiles y peones que trabajaban en la construcción de la cercana Fatih Camii o mezquita del Conquistador. Con el paso del tiempo su mole, caída en el olvido y arruinada, se perdió entre las precarias construcciones que, levantadas en derredor, pronto acabaron apoyando sus estructuras en las mismas paredes externas del templo. Hacia 1970 la mezquita fue cerrada y parcialmente restaurada. Si bien no posee minaretes, la función de los mismos, esto es, el llamado a la oración, ha sido reemplazado por altavoces incrustados en sus esquinas; un truculento detalle que no hace más que afeor la descuidada estructura.

g- La iglesia de Santa Irene:

Ubicada a muy escasa distancia del actual museo de Santa Sofía, Santa Irene es anterior, cronológicamente hablando, a la gran catedral de Justiniano I. El primer edificio fue mandado a construir por Constantino I el Grande, y, al poco tiempo, la Iglesia recibió a los delegados que asistieron al Segundo Concilio Ecuménico o Primer Concilio de Constantinopla, en el año 381. Al evento asistieron destacados obispos de las diócesis orientales, tales como San Gregorio Nacianceno, Gregorio Niceno y Basilio

¹³ Nicetas Choniates se refiere en su cita al caballero cruzado Pedro de Amiens.

¹⁴ Parece ser que aún en 1222 los benedictinos se encontraban administrando el lugar, disponiendo de los objetos sagrados del venerable solar a su antojo: por ejemplo el abad Marino Storlato trasladaría a Venecia, a la iglesia de San Jorge la Mayor, el cuerpo incorrupto de San Pablo de Chipre, un supuesto mártir de las persecuciones iconoclastas del siglo VIII.

el Grande, aunque el papa Dámaso I (366-384) no despachó emisarios para que le representaran. Acorde a los resultados, de dicho concilio surgió el credo niceno-constantinopolitano, que vino a perfeccionar el símbolo niceno establecido en el concilio celebrado en Nicea, en 325.

Santa Irene sufrió los rigores de la revuelta de Nika, en tiempos del emperador Justiniano I el Grande, por lo que debió ser restaurada. En el siglo VIII un violento terremoto volvió a ensañarse con su estructura de planta basilical romana; entonces soplaban nuevos vientos; la clase gobernante deseaba imponer la doctrina iconoclasta, por lo que la veneración de las imágenes sagradas (Cristo, los santos, etc.) había desatado una tremenda disputa entre los emperadores de la dinastía isáurica, iconoclastas, y gran parte de la población imperial, decididamente iconodula¹⁵. Debido precisamente a que la restauración de la iglesia tras el terremoto correspondió a un emperador iconoclasta, es que en la actualidad aún se puede observar sobre su ábside una descomunal y sobria cruz de bordes negros y cuerpo dorado, que Constantino V Coprónimo (741-775) ordenó colocar allí.



A la izquierda: acceso a la Iglesia de Santa Irene a través de los jardines del palacio de Topkapi. Derecha: vista de Santa Irene; al fondo la silueta de Santa Sofía (cúpula).

Luego de la caída de Constantinopla en poder de Mehmet II, Santa Irene perdió progresivamente su importancia hasta descender al rango de depósito de botines de guerra o arsenal. Su perímetro pronto quedó incorporado al recinto del palacio de Topkapi, donde puede visitarse en la actualidad, a excepción de los días lunes.

h- La iglesia de San Jorge:

No existe certeza alguna acerca de la fecha de fundación ni del patrocinador de la primera iglesia de San Jorge, emplazada en sus orígenes cerca de la puerta de Carisios (la moderna Edirnekapi). Lo que es más, la historia del primer edificio es tan singular que se la relaciona con una leyenda procedente de los tiempos del segundo asedio árabe (717-718). Según la misma, un misterioso guerrero de reluciente porte y radiante aspecto se presentaba recurrentemente sobre las murallas, desviando con su presencia las flechas del enemigo; los defensores no tardarían en relacionar tan enigmática y milagrosa figura con San Jorge de Capadocia. Y en su honor, posiblemente bajo el reinado de León III (717-741) o de su sucesor, Constantino V, los bizantinos conmemorarían dicho evento erigiendo cerca de la puerta de Carisios la primera basílica de San Jorge.

No obstante sobrevivir al pillaje y los saqueos acontecidos en mayo de 1453, el ignominioso final del primer templo tendría lugar casi un siglo después. Y es que en 1565 el sultán otomano Solimán I el Magnífico (1520-1566) instruiría a sus arquitectos

¹⁵ Los iconoclastas propiciaban la destrucción de todas aquellas representaciones sagradas de Cristo, los santos, la Virgen, etc., a través de pinturas o esculturas, mientras que los iconodulos favorecían su culto.

a levantar en el solar de San Jorge una mezquita en memoria de su hija predilecta, Mirimah. En consecuencia, la flamante mezquita se alzaría orgullosa desde los mismos cimientos que antes clavarán en el suelo a la iglesia cristiana. No desaparecería ésta, sin embargo, sino todo lo contrario; daría cuenta de una especial tenacidad al reaparecer, años después (hacia 1580), muy cerca de su reducto original, más cerca del sector de muralla, y casi anexada a la Puerta de Carisios.



Exterior de la iglesia de San Jorge (izquierda). A la derecha, vista del iconostasio. El edificio se halla muy cerca de la mezquita de Mirimah.

El templo actual no destaca exteriormente ni por su porte ni por su arquitectura, ya que el edificio apenas se deja ver por entre los muros protectores que le rodean, sin mencionar que su fachada nada tiene que ver con la de la típica iglesia bizantina. Lo que es más, para el turista distraído su presencia bien puede pasar desapercibida si no es que la oportuna intervención de un parroquiano ayuda a situar el lugar antes de partir raudamente hacia otras coordenadas de la ciudad. En el interior de la construcción, la sobriedad es la regla tanto como el misterioso pasado que rodea a algunas imágenes del iconostasio. El acceso no es irrestricto, dado que hay que pedir permiso al matrimonio griego que está al cuidado del templo, para poder ingresar a él.

i- La iglesia del Mirelaion (Bodrum Camii):

La iglesia del Mirelaion originalmente formaba parte de un pequeño complejo que incluía un modesto palacio anexo y, posiblemente, otro templo más antiguo. De acuerdo a las fuentes históricas fue el emperador Romano I Lecapeno (920-944) quién se ocupó de patrocinar la construcción del templo cristiano y, cómo más adelante sucedería con los Comneno y el complejo del Pantocrátor, el Mirelaion sería empleado como morada final para los miembros de la familia del soberano. Hacia 923 sería sepultada allí la esposa del emperador y ocho años más tarde, el primogénito de Romano, Cristóforo. Finalmente, el mismísimo basileo, fallecido en la reclusión luego de que Constantino VII hubiese recuperado el trono, fue enterrado muy cerca de la cripta de su esposa.

La antigua iglesia del Mirelaion, hoy mezquita (izquierda). A la derecha vista de la cúpula central del edificio.



Habiéndose apoderado de la ciudad en 1204, los desarrapados forajidos integrantes de la Cuarta Cruzada no tendrían ninguna consideración ni para con el edificio ni para con las tumbas ubicadas en él; uno y otras serían saqueados sin

conmiseración por los enfervorizados soldados de la cruz, mientras las llamas devoraban el vecindario aledaño, en la noche de aquél fatídico 12 de abril de 1204. Luego de un efímero resurgir a comienzos del siglo XIV, en tiempos de los soberanos Paleólogos, la iglesia sobreviviría como tal a la conquista turca, hasta el año 1490, en que sería transformada en mezquita bajo el acicate de un descendiente de aquella noble familia, a la sazón devenido en un musulmán con nombre acorde a la nueva época: Mesih Ali Pasha. Desde entonces, la construcción se vio afectada por sucesivos incendios que afectaron su estructura y, a día de hoy, emerge entre las plataformas, playones y edificios del ajetreado y pintoresco barrio de Laleli.

j- Constantino Lips (Fenari Isa Camii):

El antiguo monasterio de Constantino Lips, hoy mezquita Fenari Isa, se halla emplazado en la intersección de dos importantes arterias de la ciudad: Vatan Caddesi, una amplia avenida provista de boulevard que se interna en “la Ciudad Histórica” en dirección a Aksaray Meidani y el barrio de Laleli, y Halicilar Caddesi, una vía menor que, desembocando en la anterior, trae el tránsito procedente de la zona de Fatih Camii (donde antes se hallaba la iglesia de los Santos Apóstoles). El complejo en realidad se trata de una fusión de dos iglesias; la más antigua, Teotocos Panacrantos, fue construida en tiempos del basileo León VI el Sabio, que rigió los destinos del imperio entre 886 y 912. Precisamente fue un funcionario de León VI, Constantino Lips, la persona que se ocupó de patrocinar la obra y de la que el complejo tomó su nombre.



Constantino Lips: fusión de iglesias (izquierda). A la derecha: nártex de fusión.

La segunda iglesia es mucho más tardía y fue dedicada a San Juan Bautista. Teodora Paleologina, esposa de Miguel VIII Paleólogo, emperador entre 1261 y 1282, fue la mentora y propulsora de su construcción. Ubicada hacia el lado de Vatan Caddesi, esta iglesia fue levantada hacia finales del siglo XIII y articulada a la anterior mediante un nártex común. A poco y al igual de San Salvador Pantocrátor y el templo del Mirelaion, el conjunto arquitectónico sería utilizado como morada para el descanso eterno de importantes figuras de su tiempo: Teodora Paleologina, su hijo Constantino, Irene de Brunswick (esposa de Andrónico III), Andrónico II; pronto se hizo necesario prolongar la estructura en un paracleisión para que el edificio pudiese seguir albergando los restos de insignes miembros de la dinastía reinante.

La caída de Constantinopla en poder de los turcos supuso el ineludible saqueo del edificio, y si bien muchas tumbas fueron abiertas y ultrajadas, las más antiguas, relegadas por capas posteriores de mampostería, se salvaron providencialmente y fueron sacadas nuevamente a luz gracias a trabajos arqueológicos efectuados durante el siglo pasado. En la actualidad, el visitante podrá observar en la fachada del complejo y, a pesar de la reconversión del templo cristiano en mezquita, numerosos detalles y elementos procedentes de la etapa bizantina original (siglo X) y tardía (siglos XIII, XIV y XV): dibujos geométricos, tallas en piedra, elementos ornamentales, capiteles. Sin

embargo, lo que más llama la atención al momento de ingresar en el recinto es el impacto visual causado por el desnivel existente entre el umbral del edificio y la acera contigua, símbolo inequívoco de que la ciudad fue creciendo, capa a capa, sobre sí misma (fenómeno que también puede advertirse con facilidad en la zona de Mirelaion).

Iglesia de Constantino Lips. Vista lateral desde Vatan Caddesi. Existe un amplio desnivel entre el piso del edificio y la superficie de la avenida, signo inequívoco de que la ciudad, capa sobre capa, ha ido creciendo sobre sí misma con el transcurso del tiempo.



Anexo:

algunas consideraciones rescatadas del trabajo de “Ali Bey el Abbasi” o Domingo Badía y Leblich, “Viajes por África y Asia”, sobre sus impresiones de Constantinopla, al respecto de la visita a la ciudad realizada por el autor de la obra, entre 1806 y 1807.

1. Pera y Galata:

“El arrabal de Gálata, contiguo a los de Top-hana y de Pera, es grande, muy poblado y cerrado por una muralla, la cual toca a los arrabales adyacentes. Lo atraviesa de un extremo a otro una calle más de un cuarto de legua de larga, pero sucia, mal empedrada y casi enteramente compuesta de tiendas de comestibles. Las casas, casi todas de madera, inspiran melancolía. Acababan de reedificar la mitad de dicho arrabal, consumida por un incendio el año precedente”. Pág. 479.



Vista del Cuerno de Oro y, hacia el horizonte, de la zona que ocupaban los antiguos barrios italianos de Pera y Gálata. En la parte inferior de la imagen es posible observar las almenas de las murallas marítimas de Constantinopla.

2. El Hipódromo:

“Un día quise examinar más detenidamente el Hippodromo, llamado por los turcos Atmeidan. Es una plaza irregular, la cual tendrá doscientos cincuenta pasos de larga, sobre ciento cincuenta de ancha, y de cuyo centro se eleva un obelisco egipcio de granito rojo, igual a las Agujas de Cleopatra en Alejandría; pero no es tan alto, aunque le dan sesenta pies de elevación; cada cara presenta una línea perpendicular de jeroglíficos de grande dimensión; descansa sobre cuatro dados de bronce, cuya base es un pedestal compuesto de diversos trozos de mármol grosero y mal trabajado; los cuatro lados del pedestal ofrecen una multitud de figuras extrañas en relieve, todas de cara, con el degradado gusto griego de la Edad Media. Me dijeron que aquellas figuras representaban los discípulos de Jesucristo; mas lo que hay de cierto es, que el pedestal deshonor al monumento, y un día causará su ruina por la mala trabazón de las partes

que lo componen”. Pág. 486. Está claro que el viajero español no supo identificar que el pedestal era, en realidad, una piedra tallada que databa de la primera época del Imperio de Oriente, estando aún su par occidental con sede en Roma todavía en pie. Por lo que su tendenciosa sentencia “con el degradado gusto griego de la Edad Media” es una clara muestra de cómo pensaba Occidente al respecto de Bizancio y los bizantinos no así de Constantinopla y los romanos. Por último, el obelisco que alude el autor no es otro que el obelisco de Teodosio I.



Vista del obelisco de Teodosio I el Grande. Ubicado casi en el centro de la espina, a un lado de la columna serpenteada, el famoso monumento atrae a numerosos turistas en todas las épocas del año. En la base se pueden observar tallas e inscripciones en mármol que describen pasajes de la vida de Teodosio, en relación con el susodicho obelisco.

“A algunos pasos de dicho obelisco se ve otro elevado por los griegos a imitación de precedente; creo también está construido sobre las mismas dimensiones; mas siendo formado de piedras pequeñas de diversa especie y mal ajustadas, también amenaza ruina, contrastando singularmente su debilidad con la caña del otro, admirable por su fuerza y grandeza” Págs. 486-487. Nuevamente Domingo Badía y Leblisch se deja llevar por la fobia anti-bizantina imperante en su tiempo: en sus propias palabras son griegos y no romanos quienes han levantado este segundo monumento, la columna de Constantino Porfirogénita, que “contrasta singularmente su debilidad con la caña del otro, admirable por su fuerza y grandeza”. Se trata en realidad de un elemento decorativo cuyo origen se desconoce (posiblemente del siglo IV), restaurado bajo el reinado de Constantino VII según reza una inscripción cincelada en su zócalo de granito:

“Este sorprendente y alto monumento de cuatro caras, arruinado por los tiempos, Constantino, ahora emperador, cuyo hijo Romano es la gloria del Imperio, lo ha puesto en mejor estado que se veía antes. El Coloso de Rodas era un objeto asombroso; éste, en bronce, es un objeto admirable”¹⁶



La columna del basileo Constantino VII Porfiro-Genita (derecha). A la izquierda puede notarse parte de la inscripción que se cita más arriba.

La decadencia y pobreza que el viajero español notó en la estructura fueron en realidad producto de la rapacidad de los cruzados de 1204, quienes, habiendo

¹⁶ Francisco Aguado Blázquez y Ana Cadena, “Guía de Constantinopla. Un viaje a Estambul en busca de Bizancio”, A.F.A.B., ISBN 978-84-611.9953-2, Pág. 188 y 189.

conquistado la ciudad, tomaron el metal que recubría la columna y lo fundieron creyéndolo oro, para repartírselo en tanto que botín de guerra.

En relación al Hipódromo, Domingo Badía y Lebllich prosigue: *“Entre ambos obeliscos se encuentra una especie de columna truncada de bronce, cuya parte superior falta. Pretenden remataba en tres cabezas de serpiente, cuyos cuerpos enroscados forman la caña. El bronce es muy delgado y como está lleno de grietas en varios parajes, han llenado de piedras el hueco interior. El pedazo que queda podrá tener ocho pies de altura”*. Pág. 487. Se trata en este caso de la columna serpenteada que se encuentra en la Espina.

Dos imágenes de la columna serpenteada, que se emplaza en la espina del hipódromo, entre el obelisco de Teodosio I el Grande y la columna de Constantino VII Porfirogenita. La parte superior del monumento se halla truncada (donde supuestamente deberían estar las cabezas de las serpientes).



3. La columna de Constantino:

“Al salir de la caverna pasé por junto a la columna de Constantino, compuesta de varios pedazos de pórfido rojo, a excepción de la parte superior y la base, las cuales son formadas de piedrecillas heterogéneas. Semejante colorín desdice de lo restante del monumento, y la columna empieza a arruinarse”. Págs. 488-489.

4. Barrio de Fener:

“El barrio de la ciudad habitado por los cristianos griegos se llama el Fanal. Allí se hallan las casas del patriarca y principales familias de aquella nación. No hice más que atravesar el barrio, donde vi algunas casas de bastante buena apariencia, aunque sin lujo exterior. No la tiene más que las otras la del príncipe Suzzo, nombrado a la sazón hospodar de Valaquia. Está prohibido a los griegos pintar sus casas por defuera con colores vivos; no lo pueden hacer sino de negro u otro color sombrío, lo cual les da un aspecto triste”. Pág. 489.



Sector de viviendas abandonadas en la zona del Fener, próxima a la sede del Patriarcado griego.

5. La cisterna de Filoxeno:

“La cisterna de Filoseno, construida en tiempos de los Constantinos para proveer de agua a la ciudad, no es en el día más que un subterráneo seco, donde se ha

establecido una fábrica de seda. Se baja a él por una mala escalera, la cual termina en un espacio casi obscuro, sostenido por muchos centenares de columnas y ocupado por máquinas de hilar y torcer la seda, cuyos hilos, casi invisibles en aquella obscuridad, se dividen horizontalmente entre las hileras de columnas, de suerte que casi no se puede dar un paso sin exponerse a romper millares de ellos; por consiguiente, el portero es un guía indispensable en aquel obscuro laberinto. Bajo su conducta, pues, y seguro de mis gentes desfilando unos tras otros como una tropa de ciegos, recorrí aquella especie de subterráneo cuyo destino actual contrasta tan fuertemente con el primitivo. En el techo, apoyado sobre columnas, hay de trecho en trecho algunas aberturas, que ahora sirven de lumbreras, y en otro tiempo debieron servir de brocales por donde se sacaba el agua. Compónese cada columna de dos cañas, una sobre otra, sin intermedio alguno; la inferior, en lugar de capitel remata en un zócalo un pie de ancho poco más o menos, sobre la cual descansa la superior, y ésta lleva por capitel una figura informe, semejante a un cono truncado inverso. Las columnas son de mármol bruto, cuya superficie se halla ya corroída. La tierra y escombros, que en otras épocas se arrojaban por las aberturas de aquella inmensa cisterna, han enterrado las columnas inferiores hasta un tercio de su altura. Nuestro guía nos dijo ser más de cuatrocientas las columnas; en las descripciones se cuentan doscientas doce”. Pág. 488. La cisterna de Filoxeno probablemente proceda de los tiempos de Constantino I el Grande (siglo IV).

6. Más sobre Santa Sofía:

“Durante las noches clásicas del Ramadán se iluminan las mezquitas. La iluminación de las imperiales es magnífica; la de Santa Sofía sobre todo produce un efecto sorprendente. Entonces es cuando se forma la idea de su cúpula colosal, pues la luz que penetra de día no es bastante para dar a conocer la grandeza del edificio. Millares de lamparillas colocadas a lo largo de las cornisas, sobre las molduras y partes salientes del interior, otros millares suspendidos de la bóveda por medio de carcasas de diversas formas, y una infinidad de arañas de cristal y vidrio de todos tamaños, hacen distinguir la majestad del templo, mejor que la luz del sol; y confieso no había formado idea completa hasta el momento de verla en toda su iluminación. También fue nuevo para mí el modo de apagar aquella multitud de luces. Varios hombres con grandes abanicos de plumas agitan el aire, y a cada movimiento apagan diez, doce o veinte luces de un golpe, aunque se hallen a seis u ocho pies del abanico; de suerte que en un momento se restituye la obscuridad del templo”. Págs. 491y 492



Artefactos como los que se muestran aquí iluminaban las noches de Santa Sofía en los tiempos de nuestro viajero.

7. El Cuerno de Oro:

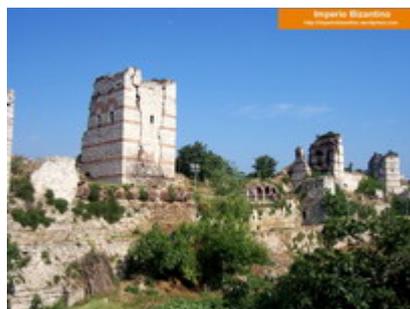
“El puerto de Constantinopla es el mejor del mundo. Lo forma un brazo de mar que se interna sinuosamente en las tierras, entre la ciudad y los arrabales de Galata, Pera y otros, y está rodeado enteramente de colinas y, por consiguiente, a cubierto de todos vientos. El fondo es tal, que navíos de tres puentes pueden llegar a la orilla y tomar tierra con la proa sin tocar con la quilla”. Pág. 478.

8. Acerca de los incendios de Constantinopla y sus causas:

“Casi todas las calles de Constantinopla son estrechas y sucias. Tienen aceras cuatro o cinco pulgadas de alto, están mal empedradas y muy incómodas para la gente de a pié: así que yo siempre iba a caballo. Las casas parecen jaulas por estar llenas de ventanas y balcones. Ya dije en otro lugar que son de madera, pintada de colores chillones y forman ángulos irregulares. Dicha construcción es a causa de que todos los años haya barrios enteros consumidos por el fuego: mientras estuve allí fui testigo de dos incendios. Pero el fanatismo de los turcos resiste a tan funestas pruebas: construyen nuevas casas semejantes a las antiguas, dejando a la Providencia el cuidado de conservarlas. Así llegará día en que se pueda decir con verdad que la ciudad de Constantinopla se ha reedificado más de cien veces”. Pág. 486.

9. Sobre el estado de las murallas de Teodosio y el foso:

“Redúcense los medios de defensa a un foso enteramente cegado y convertido en jardines: un primer lienzo de muralla muy bajo como parapeto; otro segundo más elevado; y otra línea interior mucho más alta y flanqueada de torres todavía más elevadas. Dichos lienzos de murallas en escalones, coronadas de aspilleras, tienen algo de imponente, pues presentan tres líneas de fuego; más no pudiendo sostener el de artillería, y teniendo el enemigo ventaja de poder aproximarse con la suya al abrigo de las colinas ondulantes y setos de los jardines que se extienden hasta el pie de las murallas, Constantinopla no podría sostener un ataque de ocho días contra un ejército de tierra. Además, en un espacio bastante considerable entre la puerta de Andrinópolis y la de Top, como también otro entre esta última y el castillo de las Siete Torres, los tres lienzos de murallas se hallan arruinados enteramente y reemplazados de nuevo por uno solo, más parecido a una simple pared de cerca que a fortificación de una gran ciudad. Lo demás del recinto se ve igualmente arruinado”. Pág. 488. Se puede inferir, pues, del relato del viajero español, que las murallas de Constantinopla no habían sido restauradas a su estado anterior al de la captura de la ciudad (1453) y que salvo provisoriamente a través de un simple muro más parecido a una cerca, nada defendía a la ciudad de un ataque externo por el lado terrestre hacia principios del siglo XIX.



Vista actual de las murallas.

Autor: Guilhem W. Martín. ©

Fuentes documentales:

- **Franz Georg Maier**, “*Bizancio*”, Siglo Veintiuno Editores, 6ta. Edición, 1983, ISBN (volumen trece) 988-23-0496-2.
- **Georg Ostrogorsky**, “*Historia del Estado Bizantino*”, Akal Editor, 1984.
- **Ali Bey el Abbassí** o Domingo Badía y Leblich, “*Viajes por África y Asia*”, sobre sus impresiones de Constantinopla, al respecto de la visita a la ciudad realizada por el autor de la obra, entre 1806 y 1807. Biblioteca Pretérito.
- **Francisco Aguado y Ana Cadena**, “*Guía de Constantinopla, un viaje a Estambul en busca de Bizancio*”, A.F.A.B., ISBN 978-84-611.9953-2. España.
- **Steven Runciman**, “*La caída de Constantinopla*”, Espasa-Calpe S.A., Colección Austral, Madrid, ISBN 84-239-1525-5.

Todas las fotografías son propiedad de: <http://imperibizantino.wordpress.com/>

Imperio Bizantino

Historia de Bizancio enfocada principalmente en el período de los Comnenos

